

por el pensamiento y el estilo. Tal vez, si quisiéramos vislumbrar el ámbito de su genio, habría que

buscarlo en la odisea del intelecto que atraviesa los círculos de las pasiones políticas y las lealtades

sociales para ver y juzgar, desde un equilibrio ético, las sociedades y su historia.

Población y registros parroquiales

Rodrigo Martínez

Cecilia Rabell, *La población novohispana a la luz de los registros parroquiales (Avances y perspectivas de investigación)*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Sociales, 1990, 91 pp. (Cuadernos de Investigación 21).

Explica Cecilia Rabell en la Introducción de su trabajo que estudios macrodemográficos como los realizados por Sherburne F. Cook y Woodrow Borah, de la "escuela de Berkeley", permiten a lo sumo esbozar la evolución general de la población de la Nueva España o de regiones más restringidas a lo largo de varios siglos, pero que no pueden aportar explicaciones demográficas de los cambios. Esto se debe a que las fuentes utilizadas para estos estudios no contienen suficiente información sobre sexo, edad, estado civil y grupos étnicos, por lo que no pueden analizar "los componentes demográficos del crecimiento: fecundidad, mortalidad y migración, es decir, (...) la dinámica poblacional" (p. 7). Así se hace necesario recurrir a estudios microdemográficos basados en archivos parroquiales y padrones locales, para los cuales se han desarrollado en Europa, desde la década de 1950, "metodologías de gran rigor" (p. 8). Desde 1970 comenzaron a realizarse estudios

demográficos de parroquias novohispanas. Debido, sin embargo, a la dificultad y el tiempo que estos estudios requieren, las localidades estudiadas durante los años setenta no fueron más de diez: Tula, Acatzingo, Zacatelco, Cholula, San Luis de la Paz (que Cecilia Rabell ha estudiado hace más de quince años), León, Valladolid, Dolores, Marfil y Charcas (cf. pp. 10-11).

Cecilia Rabell refiere que el objetivo inicial del trabajo que comentamos era sintetizar la información contenida en estas monografías, pero que "al revisar los hallazgos surgió la necesidad de hacer una evaluación más profunda de los métodos estadísticos empleados en los diferentes análisis, ya que muchas veces los supuestos implícitos no permitían una comparación de los resultados" (p. 11). El resumen de la información hizo necesario aplicar un solo método, definido críticamente, a los datos de las diferentes monografías. De esta manera, el trabajo de Cecilia Rabell adquirió una doble utilidad, explícita en su título: permite recapitular los avances y las conclusiones generales de los estudios microdemográficos parroquiales, y sienta bases metodológicas para la necesaria y urgente realización de nuevos estudios de este tipo.

El trabajo está dividido en cinco

capítulos. En el primero, sobre "Bautizos, matrimonios y entierros", se reúne la información secular sobre natalidad, fecundidad, nupcialidad y mortalidad. Destaca la comprobación de que durante el siglo XVIII, considerado desde Humboldt como un siglo de auge demográfico, descendió la tasa de crecimiento de los bautizos. Esta llegó a su punto más alto durante la segunda mitad del siglo XVII. Por otro lado, la autora destaca que "la nupcialidad tenía un carácter casi universal, (...) la edad al matrimonio era muy temprana, los periodos de viudez cortos, y las segundas y ulteriores nupcias frecuentes" (pp. 24-25).

El segundo capítulo está dedicado a "Los movimientos estacionales de concepciones, matrimonios y entierros". Las curvas de los movimientos estacionales de las concepciones llegan al punto más bajo en el mes de marzo, "testimonio claro del control religioso", pues "la abstinencia sexual impuesta en la Cuaresma es respetada" (p. 36). En el siglo XVIII, sin embargo, "el calendario litúrgico sigue imponiendo restricciones, aun cuando estas eran menos obedecidas", por lo que se puede suponer "la desaparición gradual del movimiento estacional de las concepciones". Se hace visible "un cambio en las mentalidades determinado por la

pérdida de influencia de la religión en la vida cotidiana" (p. 38).

Los capítulos tercero y cuarto están dedicados a las crisis demográficas, esto es, a los años durante los cuales "el número de defunciones es mayor que el de bautizos" (p. 45). El tercer capítulo estudia la mortalidad en los años de crisis, y se comprueba que las más intensas se dieron a partir de la de 1737-1738: "la segunda mitad del siglo XVIII es, demográficamente, un periodo aciago" (p. 47). Cecilia Rabell refuerza la puesta en duda, iniciada por Claude Morin, del supuesto auge y prosperidad del siglo de las luces en México. Al analizar la estructura por sexo y edad de las defunciones, Cecilia Rabell apunta que "cada una de las crisis tuvo características propias y, en consecuencia, afectó de manera diferente la estructura y la capacidad de reproducción de la población" (p. 50).

El capítulo cuarto estudia las crisis demográficas desde la perspectiva de sus efectos a corto y mediano plazo sobre las concepciones y los matrimonios. Se discute, asimismo la concepción, generalizada desde el estudio de Enrique Florescano, sobre los precios del maíz en la ciudad de México y las crisis agrícolas en el siglo XVIII (1969), así como la relación entre las crisis demográficas y las crisis económicas. Se enfatiza también que la explicación del recrudecimiento de las epidemias desde mediados del siglo XVIII "tendrá que provenir de estudios de historia económica y social en los que se dé cuenta de los cambios en las condiciones de vida de la mayoría de la población durante la segunda mitad del siglo XVIII" (p. 65).

En el quinto capítulo, finalmente, se analizan las "Tendencias seculares de las poblaciones", apli-

cando "un mismo método de análisis a las series seculares de bautizos" de las parroquias estudiadas. Se hace de esta manera posible proponer una periodización del desarrollo demográfico novohispano, que confirmarán o corregirán los estudios parroquiales posteriores, y que se puede resumir de la siguiente manera: Después de la catástrofe demográfica del siglo que siguió a la conquista, "el mayor ritmo de incremento [de los bautizos] de toda la época colonial se dio durante el siglo XVII". "Hacia 1690-1699 termina, en la mayoría de las poblaciones parroquiales analizadas, la acelerada recuperación; las intensas crisis demográficas de 1690-1695 tienen como consecuencia un desaceleramiento de la tasa de crecimiento de los bautizos". De 1690-1695 a 1736 se da "un crecimiento positivo, pero más lento". "La gran crisis de 1737 marca un nuevo punto de inflexión en la tendencia: en muchas de las localidades se trata de la crisis demográfica más intensa desde el siglo XVII (...) Desde ese año hasta entrado el siglo XIX se suceden una tras otra las crisis demográficas; las tasas de crecimiento de los bautizos son cada vez menores y, en las parroquias del centro, incluso negativas" (p. 70).

Por lo hasta aquí expuesto, resulta obvio el interés y la utilidad del trabajo de Cecilia Rabell. Con todo, debe tenerse presente que los estudios demográficos parroquiales que retoma son únicamente los realizados en la década de 1970. El trabajo fue escrito en 1984 y su publicación se retrasó. El lector se queda con la duda de en qué medida los estudios parroquiales hechos en los años ochenta (entre los que se cuentan trabajos de la propia Rabell) han alterado las conclusiones aquí ofrecidas, en lo que a la evolución de la población y a la

metodología para su estudio se refiere.

Por otro lado, Cecilia Rabell dice no conocer las razones por las que en la segunda mitad del siglo XVIII "la población de estas parroquias vivió sus más aciagos días" (p. 12). Como vimos, en la página 65 destaca que las epidemias se recrudecieron en ese periodo y señala que debe investigarse un cambio en el nivel de vida de la población. Hubiese sido útil mencionar las investigaciones de Morin (1974), Taylor (1979), Van Young (1981) y Coatsworth (1982), entre otros autores, que muestran su recrudecimiento de las condiciones de vida del pueblo novohispano en la segunda mitad del siglo XVIII.

Con respecto a las crisis demográficas y agrícolas, Rabell escribe que "la pérdida de la cosecha producía una gran escasez y, en consecuencia, los precios aumentaban vertiginosamente" (p. 63). Como lo mostró Florescano, el aumento vertiginoso de los precios no es sólo consecuencia de la escasez, sino también del acaparamiento especulativo de los granos por parte de los grandes hacendados con capacidad de almacenamiento.

En la primera nota del primer capítulo se ofrece discutir en el capítulo V "la posibilidad de tomar la curva secular de los bautizos como un indicador del movimiento a largo plazo de la población total". La discusión prometida, sin embargo, resulta insuficiente (por ejemplo, no se relaciona el número de bautizos con la tasa de natalidad). En ese mismo capítulo V, no se fundamenta suficientemente la posibilidad de "sumar bautizos y restar entierros para así tener los totales de poblaciones" (p. 69).

En el apartado sobre la "exogamia matrimonial", hubiese sido útil una comparación con el ensayo de Borah y Cook: "Los grupos raciales

en la población mexicana a partir de 1519", en el segundo tomo (1974) de sus *Ensayos sobre historia de la población*. De esa misma obra, que no se cita, pudieron asimismo tomarse en cuenta los estudios sobre

"La edad en el matrimonio, 1690-1960", "Tasas brutas de natalidad en México, 1700-1960" y "La mortalidad en México antes de 1805", entre otros. Deben matizarse, por lo tanto, las afirmaciones sobre los

límites del enfoque macrodemográfico, y moderarse (o precisar) ciertas alusiones críticas a los estudios de Cook y Borah. Los enfoques macro y microdemográfico no se oponen, se complementan.

Bajo el signo de Alain Corbin

Eloísa Uribe

Marcela Dávalos, *De basuras inmundicias y movimiento o de como se limpiaba la ciudad de México a finales del siglo XVIII*, México, Cien Fuegos, 1989, 167 pp.

"Los Caballeros de la Basura, escoba en ristre, desfilan al son de una campanita, como el Viático de España, acompañando ese monumento, ese carro alegórico donde van juntando los desperdicios de la ciudad..." En 1959, Alfonso Reyes no resistió la tentación de recrear en un pequeño escrito lo que el carro de la basura, a su paso por las calles de la ciudad, le sugería. De la misma manera Marcela Dávalos se sintió atraída tanto por este mundo de los desperdicios, como por las teorías que propiciaron un nuevo entendimiento de la higiene y de la limpieza de esa ciudad, que ella llama de nuestros abuelos, de nuestros padres. Y para dilucidar el origen de este carro alegórico y de otros asuntos relativos a la salubridad de la vida urbana, la autora se remonta hasta la última década del siglo XVIII. Ahí, se inicia su estudio y no bien empieza su narración, cuando ya hace referencia al inquieto virrey se-

gundo Conde de Revillagigedo, quien por cierto concibió el recurso de los carros de mulas, precedidos por el hombre con la campanilla en la mano, ancestros de los que aún hoy día circulan por las calles de la ciudad de México.

La autora advierte que su investigación gira alrededor de dos personajes, este célebre virrey nacido en la Habana y el Maestro Mayor de la Ciudad Ignacio Castera. Y que retoma el pensamiento de los ilustrados para contrastarlo con las prácticas higiénicas de la mayoría de la población que se opuso a sus iniciativas. Por último señala que las transformaciones de la urbe las aborda desde el punto de vista de lo que se concibió como posible, más que de la puesta en práctica de los proyectos creados por los ilustrados borbónicos. Para terminar su introducción Marcela Dávalos ofrece una reseña breve del contenido de los seis capítulos que conforman el libro, reseña que sirve de guía para poner al lector en antecedentes de lo que recorrerá, conforme se adentre en la vida del siglo XVIII novohispano.

Divide su estudio en tres partes. La primera esta dedicada a las ideas circulacionistas que al amparo de los proyectos borbónicos

hicieron su aparición entre los ilustrados de la Nueva España. En el primer capítulo hace una historia sucinta de la ciudad de México, con el fin de mostrar cómo era y porqué sus habitantes estaban imposibilitados para entender los cambios de vida que les proponía el virrey. La ciudad del siglo XVIII, ciudad tradicional, es decir que conservaba la lógica bajo la cual había sido fundada en el siglo XVI: lógica medieval, devenida de lecturas árabes y judeo-cristianas, que se impuso sobre el mundo indígena. En ella se conservaban las costumbres y las rutinas conforme a las basuras o a los excrementos. No se tenía el sentido del pudor o del asco, la gente convivía con animales muertos, con las inmundicias en las calles. Los espacios no estaban racionalmente divididos y la vía pública podía servir como escenario de cualquier actividad. Para la población resultaba incomprensible la propuesta de una ciudad moderna, circulacionista.

El segundo capítulo, lo dedica a explicar la teoría circulacionista y sus vínculos con las ideas ilustradas. Este resulta uno de los más interesantes ya que remite el problema de la limpieza de la ciudad a